



SUGARY SWEET  
SWEETHEART,  
COLORADO  
& GOOD ENOUGH TO EAT

*Be Mine.*  
**SWEETHEART**

**ARIA COLE  
MILA CRAWFORD**

BE MINE, SWEETHEART

*Sotelo, gracias K. Cross*

MILA CRAWFORD  
ARIA COLE

*Sotelo, gracias K. Cross*

Riley Crane tenía una buena vida en Chicago; todo iba bien... hasta que dejó de estarlo. Después de que una tragedia sacudiera su mundo, hizo las maletas y se dirigió a Sweetheart, Colorado, para abrir Urban Bloom y tratar de olvidar su pasado. Nunca pensó que se enamoraría del encantador pueblo ni que se enamoraría de uno de sus héroes.

Holden Summers es uno de los solteros más codiciados de Sweetheart, Colorado. La gente del pueblo nunca ha entendido cómo el apuesto capitán del Departamento de Bomberos de Sweetheart no ha sido atrapado por nadie, pero a Holden no le interesan las citas. Está demasiado centrado en otras cosas... hasta el día en que entra en Urban Bloom y echa un vistazo a la dulce y joven propietaria.

Ahora Holden hará cualquier cosa para que Riley sea suya.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Prólogo

RILEY

No podía ver nada. El humo se agitaba muy alto, metiéndose a la fuerza en mis pulmones. Mis pies tocaron el suelo, y el piso de madera de cerezo no tenía su típico saludo fresco. Tiré del pie hacia atrás para evitar el calor abrasador que irradiaba el suelo. Lori. Llamé su nombre una y otra vez, desesperada por encontrarla. Anoche habíamos bebido demasiado. Era demasiado tarde para que condujera a casa, así que se quedó en mi sofá. Volví a poner los pies en el suelo, el calor me encogía. Me cubrí la cara con una sábana y empecé a abrimme paso entre el humo.

—Lori. — grité, sin escuchar nada a cambio antes de que el techo frente a mí se derrumbara, bloqueando mi camino. No sabía qué hacer. El pánico se apoderó de mí, mezclándose con el humo y dificultando la respiración. Busqué frenéticamente a mí alrededor, buscando cualquier forma de escapar. Vi las llamas que se asomaban a un lado, y entonces todo se volvió negro.

Lo siguiente que recuerdo es que estaba en una cama de hospital, con partes de mi cuerpo envueltas en gasas. Unas cuantas enfermeras y médicos se cernían sobre mi cama, hablando de cosas que no entendía.

—Lori. — dije, sorprendiéndome a mí misma con la aspereza de mi propia voz.

—Se ha levantado. — dijo una de las enfermeras antes de abalanzarse sobre mí con un gráfico.

— ¿Dónde está mi amiga?— exigí, intentando levantarme y arrepintiéndome al instante. Sentía que mi cuerpo era arrastrado por un cristal cada vez que me movía.

—Por favor, intente relajarse, señorita Crane. — dijo la doctora mientras me sonreía dulcemente. —Ha tenido una experiencia muy dura. Descansar es lo que necesita en este momento.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Lori... ¿Dónde está mi amiga? Se quedó a dormir. ¿Qué ha pasado? ¿Puede alguien decirme qué ha pasado?

—Hubo un incendio en el apartamento de arriba. Se extendió bastante rápido. Tienes suerte de estar viva, y mucho menos con heridas mínimas.

¿Suerte de estar viva? Sus palabras resonaron en mi mente, vibrando a todo volumen hasta que, como una soga, me apretó el cuello.

— ¿Y Lori?— Pregunté, mi voz apenas audible incluso para mí misma. —Ella estaba allí conmigo. ¿Está en otra parte del hospital? Lori Carlson. ¿Puede alguien comprobarlo, por favor?

—Lo siento, señorita Crane. Usted es la única que fue traída aquí desde su residencia, pero revisaremos a su amiga por usted. — El médico señaló con la cabeza a una enfermera, que salió corriendo de la habitación. Unos instantes después, la enfermera regresó, mirando a cualquier parte menos a mí directamente. Lo supe antes de que dijera nada...

—Por favor. — le supliqué. — ¿Está bien?

—Lo siento. Lori Carlson fue declarada muerta en la escena.

# Capítulo 1

HOLDEN

—Mi sobrina viene de visita. — La señora Richards sonrió mientras colocaba su mano marchita y manchada por el sol en mi brazo. Esto era algo habitual para mí en el pueblo. Al parecer, un hombre soltero de treinta y seis años era una historia de terror impactante en Sweetheart, Colorado.

—Estoy bien, Sra. Richards, pero gracias.

—Holden, ¿te gustan los chicos? Si lo haces, tengo un buen hombre con el que podría emparejarte.

—Siento decepcionarla, pero no lo hacen. — dije, intentando pasar de ella lo más educadamente posible. Me serví el café, sosteniéndolo hacia ella y esperando que eso fuera suficiente señal para que dejara de hacer sus preguntas. —En este momento estoy concentrado en el trabajo. — Tomé un sorbo de mi café y empecé a caminar hacia la caja registradora, esperando que por fin entendiera la indirecta. No tuve tan buena suerte; enlazó su frágil brazo con el mío y me siguió.

—Ese trabajo no te va a dar calor por la noche. — dijo.

Casi escupí mi café. No quería que la señora Richards pensara en cosas que me dieran calor por la noche.

—Tengo cacao caliente para eso. — dije, apartando mi brazo de ella, dejando caer un billete de cinco en el mostrador y sin preocuparme de recoger el cambio. Lo único que quería en ese momento era estar lo más lejos posible de la anciana. —Bueno, que tenga un buen día. — le dije antes de salir furioso de allí.

El paseo hasta la estación de bomberos no fue muy largo, pero sí lo suficiente como para terminar mi café y tener un momento de paz. No estaba ciego a todas las miradas que recibía cada vez que caminaba por la calle. La idea de un soltero en esta ciudad era inaudita. Mantuve la cabeza baja, temiendo que si hacía cualquier tipo

*Sotelo, gracias K. Cross*



de contacto visual, comenzaría otra conversación sobre cómo tienen a la chica perfecta para mí. No era que no quisiera una relación o una familia. Simplemente nunca encontré a nadie que me hiciera sentir que era la elegida. Crecí con dos personas que pusieron el listón muy alto. Mis padres llevaban juntos cincuenta y cinco años. Estaban totalmente dedicados el uno al otro, tanto hoy como cuando se conocieron a la edad de dieciséis años. Cuando le pregunté a mi padre cuándo supo que mamá era la elegida, me dijo que estaba seguro desde el primer día que la vio. Sabiendo que eso era posible, no iba a conformarme con menos. Así que me volqué en mi trabajo. Ayudar a la gente se convirtió en mi vocación en la vida. El único inconveniente era que cuando pasabas diez años haciendo un trabajo que ayudaba a la gente, hacía que la gente sintiera que tenía derecho a entrometerse para hacer tu vida perfecta, lo quisieras o no.

—Hola, Cap. — dijeron los chicos mientras entraba a la estación de bomberos.

Asentí mientras los miraba sentados alrededor de la gran mesa desayunando, algunos al final de su turno, otros al principio.

—Hola, chicos. — dije, tomando asiento y uniéndome a ellos. Me quedé mirando las caras de la mesa. Para mí todos eran familia. Me metería en un edificio en llamas por ellos, y sabía que ellos harían lo mismo por mí. Eran buenos hombres, y éramos un elemento básico en el pueblo. — ¿Pasa algo interesante?

—No, hombre, ha sido muy lento. Supongo que no deberíamos quejarnos. No tener incendios no es algo malo. — dijo Kevin mientras se sentaba a mi lado.

— ¿Cómo están Molly y las niñas?— pregunté, cogiendo una magdalena y dándole un mordisco. El desayuno en la estación de bomberos era una tradición desde que asumí el cargo de capitán hace cinco años. Era un momento para reunirnos todos y hablar de cosas como nuestras familias. Me recordaba a las cenas de los domingos por la noche en casa de mis padres.

—Está cansada, como era de esperar. — Kevin sacó su teléfono. Miré la cara sonriente de su mujer que sostenía a su hijo recién nacido en las manos mientras dos niñas pequeñas tiraban de su jersey. —El bebé es un pequeño terror. Te juro que las niñas no eran así. Parece

*Sotelo, gracias K. Cross*



que lo único que hace es llorar. — dijo Kevin. Alguien que no conociera el tipo de persona que era habría pensado que sonaba como una mierda. La realidad era que las bolsas bajo sus ojos y la sonrisa en su cara me decían lo mucho que quería a su nuevo hijo y que probablemente era él quien se levantaba a todas horas de la noche.

—Eres un hombre afortunado. — le dije, dándole una palmadita en la espalda.

—Lo sé. — dijo, guardando su teléfono en el bolsillo. —Hablando de ser afortunado, ¿todavía estás en un año sabático de citas?

—Sí, hombre. No he tenido la suerte de encontrar a la elegida.

—Sabes que a la mayoría de los chicos no les importa tanto la señorita correcta como la señorita correcta ahora. — dijo Kevin, mirándome desde la parte superior de su taza de café en la que se leía Papá más radiante del mundo.

—Eso no es para mí. — dije.

—Sí, tampoco era para mí.

—Excepto que tuviste suerte de encontrar tu bola y tu cadena cuando tenías diecinueve años. — dije.

—Solo digo que no hay nada como el amor de una buena mujer. Deberías conseguirte una.

—No estoy en contra, Kev. Solo necesito conocerla primero.

—Tal vez si no fueras tan malditamente exigente.

—Quiero lo que tienen mis padres. Tienes que ser exigente para conocer a tu alma gemela.

—O tienes que darle una oportunidad a una pobre mujer. El amor a primera vista no existe.

— ¿Cómo puedes decir eso?— le pregunté a Kevin, volviéndome para mirarle directamente a los ojos. —Estás casado con la tuya.

—Es cierto. — dijo con una sonrisa arrogante en la cara. —Pero muchos hacen que funcione sin esa conexión terrenal.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Para mí es todo o nada. — dije antes de levantarme para dirigirme a mi despacho. —Asegúrense de limpiar todos. — grité a mi equipo antes de salir a disfrutar de un poco de soledad.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 2

RILEY

—Buenos días, Elaine. — le dije a una de las clientes habituales de la tienda.

—Buenos días, Riley. ¿Tienes margaritas hoy?

—Siempre las guardo solo para ti. — Me acerqué a una de las neveras y saqué un arreglo de alegres blancas y amarillas.

—Me encanta que siempre las mezcles con las Black-Eyed Susans. — dijo Elaine con una dulce sonrisa en la cara.

— ¿Cómo van las animadoras este año?— pregunté mientras envolvía las flores con cuidado. Siempre me ha gustado envolver flores para la gente. Me hacía pensar en lo feliz que iban a hacer a alguien. Eso era lo más emocionante de las flores; rociaban un poco de alegría o esperanza sin importar la ocasión.

—Definitivamente están saliendo adelante. Es difícil tener a Molly de baja por maternidad.

— ¿Molly?— Pregunté, entregándole las flores.

—Oh, olvidé que no eres realmente de estas partes. Es mi compañera. Hace poco tuvo el bebé más lindo del mundo y está en casa con él. Espero que regrese en unas semanas, pero por la forma en que ella y Kevin van, podría estar embarazada de nuevo. — La cabeza de Elaine se inclinó hacia atrás y rugió de risa. No estaba segura de quiénes eran estas personas, pero sabía una cosa... Esta pequeña ciudad estaba entrelazada con todos sus residentes.

El timbre de la puerta sonó, obligando a ambas a girar la cabeza hacia el sonido. Mi mirada recorrió el cuerpo del hombre que entró. Era guapo. No el típico guapo, sino el tipo de atractivo que haría que todos los presentes se quedaran boquiabiertos. Era alto, más alto que la media. Su altura fue lo primero en lo que me fijé. Su tamaño parecía dominar la habitación. Las flores parecían objetos de casa de muñecas

*Sotelo, gracias K. Cross*

en miniatura a su lado. Tenía un aire de actor de cine de la vieja escuela. Era delgado, con hombros anchos, un pecho musculoso y unos brazos por los que cualquier mujer rogaría ser abrazada. Era el tipo de hombre que haría que cualquier mujer se sintiera segura. Mis dedos se agitaron con el deseo de deslizarse por su cabello oscuro, perfectamente cuidado y salpicado de blanco. Sonrió, iluminando sus vibrantes ojos y haciendo que se arrugasen en las esquinas.

—Holden. — dijo Elaine, acercándose rápidamente a él.

Sentí una extraña punzada en el estómago al ver cómo la mujer lo rodeaba con sus brazos. Hizo una mueca y le dio una palmadita en la espalda, uno de esos abrazos incómodos en los que una persona está más emocionada que la otra.

—Hola, Elaine. ¿Cómo estás?

—Genial, genial. — dijo Elaine antes de volver a mirarme. — Riley, ¿conoces a nuestro Holden Summers? Es un buen partido. Todas las viejas madres de la ciudad llevan años intentando emparejarle. — Elaine le dio un golpe en el brazo, echando la cabeza hacia atrás y riendo como si tuviera dieciséis años y acabara de ser invitada a salir por el quarterback del equipo de fútbol. En ese momento, definitivamente podía ver cómo podía ser una entrenadora de animadoras. —Si no estuviera tomada, oooohhh, estarías en un mundo de problemas, Holden Summers, sí que lo estarías.

No sabía por qué, pero me molestaba cómo le adulaba. No debería haberlo estado, apenas conocía a ese hombre, pero en ese momento, quería tirar a Elaine del pelo y arrastrarla fuera de él.

—Holden, ven aquí y conoce a Riley. — Elaine le agarró del brazo, pero Holden no se movió mientras intentaba arrastrarlo hacia mí. No pude evitar sonreír ya que parecía un niño pequeño intentando mover una montaña inamovible. —Bueno, Holden Summers. Mientras vivo y respiro, un poco de ayuda sería bueno.

Con eso, Holden dio un paso hacia mí, sus labios carnosos se curvaron en una esquina, haciéndolo lucir un poco tímido y mucho engreído. Su mirada se clavó en la mía con cada uno de esos pasos. Mi corazón latía violentamente en mi pecho. Mis manos, que hace un momento estaban secas, ahora se sentían como si estuvieran empapadas de agua.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Holden, te presento a Riley, la mejor florista que he conocido en toda mi vida.

Holden me ofreció su mano y la tomé. El enorme tamaño de esas manos no se me escapó al ver que las mías prácticamente desaparecían en las suyas. El tacto de los callos de sus dedos produjo una sacudida en mi centro.

—Es un placer conocerte, Riley. — dijo Holden, con sus ojos clavados en mí. —Si hubiera sabido la belleza que tienes, me habría asegurado de pasar por aquí antes.

—Bueno, no dejes que me entrometa en todo esto. — dijo Elaine, agitando su mano de un lado a otro entre Holden y yo. —Gracias de nuevo por las flores, Riley. — dijo mientras salía corriendo por la puerta, dejándome a su paso junto a un Adonis completamente sonrojado y con la lengua trabada.

—Sí hablas, ¿verdad?— se burló Holden, sacándome de mis fantasías. Impulsivamente me limpié la comisura de la boca, queriendo asegurarme de que no había ninguna baba accidental colgando allí.

—Sí, lo siento. — tartamudeé. —Es un placer conocerte. Todo el mundo en esta ciudad ha sido muy amable.

—Definitivamente somos un grupo acogedor. De vez en cuando demasiado intrusivos. — Se frotó los dedos en la mandíbula, sonriendo tímidamente. Parecía dulce entonces, su enorme tamaño no destacaba tanto con esa tímida sonrisa. Me costaba concentrarme en otra cosa que no fueran esos dedos gigantes y su barba bien recortada. — ¿Estás bien, Riley?

Debió pensar que era una idiota, apenas capaz de encadenar dos frases, mirándole como una bufona.

—Sí, lo siento. Ummm, todos han sido encantadores. — tartamudeé. — ¿En qué puedo ayudarle hoy, señor Summers?

—Por favor, llámeme Holden. Sr. Summers me hace sentir como si fuera antiguo en lugar de solo viejo.

—No eres viejo. — tartamudeé antes de sentir que todo mi cuerpo se calentaba.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—No recuerdo la última vez que vi un rubor tan bonito como el tuyo. — dijo, guiñándome un ojo. Nunca había pensado que un guiño pudiera hacer que mis rodillas se tambalearan literalmente. El hombre definitivamente tenía encanto.

— ¿Gracias?— Salió más como una pregunta que como una afirmación. Supongo que realmente no sabía si era lo correcto y buscaba su validación.

—Increíblemente de nada. — dijo, inclinándose y haciendo que mi cabeza diera vueltas con el aroma de su colonia que olía a lluvia fresca.

— ¿En qué puedo ayudarte?

—Bueno, estaba buscando unas flores para una persona excepcional.

Sus palabras me desinflaron. Si esto fuera uno de esos dibujos animados, literalmente me habría empezado a salir el aire y me habría caído al suelo hecho un amasijo.

— ¿Tiene la señora alguna preferencia?— pregunté, tratando de poner un tono profesional y distante entre nosotros. Obviamente, Elaine no sabía que él ya estaba viendo a alguien. Probablemente era uno de esos jugadores que sabía lo condenadamente guapo que era.

—Algo bonito y alegre. Le gustan mucho el rosa y el amarillo. ¿Eso ayuda?— preguntó, sonriendo de nuevo, haciendo que mis entrañas se estremecieran. Odiaba tanto mi cuerpo traicionero en ese momento.

— ¿Qué tal lirios?— dije, sacando un arreglo que había hecho la noche anterior.

—Eso servirá. ¿Cuánto te debo?

—Son treinta y cinco.

Sacó su cartera y me dio dos billetes de veinte.

—Es una mujer con suerte. — dije, dándole el cambio.

—No, yo soy el afortunado. Es la mejor madre que un hombre podría pedir.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Eso es muy dulce de tu parte.

—Soy un tipo bastante dulce. Solo pregúntale a todas las viejas damas de la ciudad. En realidad, no lo hagas. Quién sabe lo que dirían esas entrometidas.

Me reí, aliviada de que fuera su madre a la que compraba las flores.

—Tienes una risita bastante grande. — Cogió una de las tarjetas de visita del mostrador, leyéndola antes de guardarla en el bolsillo trasero. —Es un placer conocerte, Riley Crane.

—Encantada de conocerte también. — dije antes de ver cómo se giraba y se dirigía a la puerta antes de salir dejando el sonido de la campanilla de la puerta a su paso.

*Sotelo, gracias K. Cross*



# Capítulo 3

HOLDEN

Relámpago, fuego, kismet, destino, como quieras llamarlo, esa chica hizo sonar todas las campanas.

En cuanto salí por la puerta, me di la vuelta y volví a entrar.

—Hola. — dijo en cuanto me vio.

—Hola. — dije, sin detenerme. Sabía lo que quería, y era ella. Sus ojos se redondearon, y sus bonitos labios rosados se veían tan jodidamente bien, como una perfecta y jugosa fresa, que quise tomarlos con los míos en ese mismo momento. —Olvidé algo.

—Oh, ¿qué has olvidado?

— ¿Quiero saber si quieres venir a conocer a mis padres? — La pregunta se me escapó sin dudarlo. Tenía casi treinta y siete años y nunca había llevado a una mujer a casa, y mucho menos a una mujer que acababa de conocer.

— ¿Perdón?— preguntó, retrocediendo ligeramente.

—Te juro que no estoy loco.

—Estoy bastante segura de que un loco tampoco lo admite. Así es como se salen con la suya asesinando a toda esa gente. Algunos de ellos nunca son atrapados. Ted Bundy era un pilar de la comunidad; todo el mundo lo quería y hablaba de lo increíble que era. Incluso tenía engañada a una pobre imbécil que decía que era el hombre de sus sueños.

Sonreí al escucharla hablar de asesinos en serie mientras se alejaba, con la espalda pegada a la pared. Lo único que nos separaba era el mostrador de madera. No me gustaba que la estuviera asustando tanto, pero tampoco podía dejar que se me escapara de las manos.

*Sotelo, gracias K. Cross*

— ¿Crees en el destino, Riley?— Pregunté, inclinándome sobre el mostrador.

—No, eso es una locura. Lo sabía. Sabía que me mudaría aquí porque parecía un pueblito lindo y luego terminaría muerta en algún lugar.

Me eché a reír mientras ella se paseaba de un lado a otro.

—Los dos sabemos que en realidad no estás tan asustada. — dije, sonriéndole mientras mi mirada recorría su curvilíneo cuerpo y mi polla se ponía rígida para llamar la atención. —Si necesitas preguntar por mí, hazlo. Haz lo que tengas que hacer porque vas a salir conmigo.

—Perdona. — escupió, con los ojos ahora encendidos, su mano derecha se llevó el puño a la cintura mientras su otra mano me hacía un gesto con un dedo en la cara.

—Nunca pensé que una mujer pudiera tener tan buen aspecto estando tan enojada.

—Dios mío, estás loco.

—Parece que sí. — dije, haciendo que se congelara en su sitio.

— ¿Ahora lo admites?

—Parece...— dije, caminando lentamente alrededor del mostrador hacia su lado. —Parece que estoy loco por ti.

— ¿Qué quieres?

Mi mano se acercó y mi pulgar rozó suavemente su suave mejilla. —Me gustaría que salieras conmigo.

—Esta es una forma extraña de invitar a alguien a salir. ¿Todo el mundo es tan intenso en esta ciudad o solo tú?

—Normalmente soy muy aburrido. Parece que me has hecho algo.

—No creo que necesites una cita... ¿Tal vez un psiquiatra?— Sus palabras parecían afiladas, pero vi que la esquina de su boca se convertía en una sonrisa. Me gustó que tuviera el fuego. Realmente no

*Sotelo, gracias K. Cross*

era el tipo de hombre al que le gustaría una mujer que se derrumbara a mis pies.

—Crecí con una madre muy dura. Si crees que tu lengua rápida me disuadirá, no lo hará. Así que mejor que aceptes. Estoy seguro de que disfrutarás y querrás hacerlo una y otra vez. — Observé cómo su piel se volvía de un bonito tono rosado. —Basándome en tu reacción, tengo la sensación de que vas a decir que sí con menos convencimiento del que pensaba.

—Eres increíblemente engreído, ¿verdad?— exigió.

—Más de lo que podrías saber. — Sonreí.

—Si digo que sí, ¿te irás?

—Por ahora.

—Bien.

—Genial. — dije, sintiendo una sacudida de alegría dentro de mí.  
— ¿Cena con mis padres?

—Eso es más que raro, lo sabes, ¿verdad?

—Es poco convencional, pero tengo la cena de aniversario de mis padres, y también quiero salir contigo. Pensé en matar dos pájaros de un tiro.

— ¿Qué tal si te conozco antes de conocer a tus padres?

—Supongo que no iré a la cena. — dije, llevando su mano a mis labios y depositando un suave beso en su mano.

—Estaré aquí mañana. Ve a ver a tus padres. Sería una pena que no disfrutara de esas preciosas flores.

—Solo si estás de acuerdo con la cena de mañana.

—Si lo hago, ¿me dejarás en paz?

—Por ahora.

—Bien. — dijo ella.

Bien... Una palabra que era tan mundana de repente me sonaba tan gloriosa.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Bien, nos vemos mañana. A las ocho, ¿de acuerdo? Es cuando salgo del trabajo.

—Sí.

---

—Gracias por las flores, cariño. — dijo mi madre mientras secaba el último plato y lo guardaba. —Son realmente impresionantes. ¿Las compraste en Budding Hearts? Pensé que ese lugar había cerrado.

—Sí, cerró. Está bajo una nueva dirección. Ahora se llama Urban Bloom.

—Es un nombre interesante. — dijo, sentándose a mi lado y tomando un sorbo de su café. —Entonces, ¿cuándo vas a traerla a casa?

— ¿Traer a quién a casa?— pregunté, sorprendido por el comentario de mamá.

—Sé que has conocido a alguien. — dijo, mirándome por encima de su taza. —Las madres lo saben.

—Creo que está obsesionada con que le des nietos. Sabe perfectamente que yo no se los daré. — dijo mi hermana, Katarina, tomando otro trozo de la tarta de manzana casera de mi madre.

—Nunca digas nunca. Cuando conoces a la persona adecuada, todo puede cambiar. — dijo papá, besando a mamá en la parte superior de la cabeza antes de sentarse a su lado, con el brazo sobre su hombro. No podía recordar ningún momento en el que estuvieran en la misma habitación y no se tocaran de alguna manera.

—Digo que nunca. No tengo ningún deseo de engordar y luego tener que cuidar de una cosita gritona durante unos años. Luego, Dios no lo quiera, esos años de universidad. — Katarina estaba en racha. Mi hermana era increíble, y siempre podía contar con ella, pero tenía unas ideas muy extrañas en lo que respecta a los niños. —Sigo pensando que deberíamos tener instituciones. Alguien puede criarlos, y luego, cuando el trabajo sucio esté hecho, pueden volver a la civilización. Hay demasiada gente inútil en el mundo.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Eso es bastante extremo, ¿no crees?— pregunté, medio en serio y medio riendo. Mi hermana era en realidad una persona amable y cálida. Simplemente era buena en todo lo que hacía. Siempre pensé que su falta de amor por los niños era porque no sabía qué hacer con ellos.

—Tal vez. — Se encogió de hombros. —Pero sigo sin tenerlos. — Me dio una palmadita en la espalda, fuerte. —Todo depende de ti, amigo. Espero que esos chicos sigan siendo fuertes nadadores en tu vejez.

—A este paso, nunca voy a tener nietos. Ese cachorro empieza a tener buena pinta. — Mi madre suspiró, apoyando la barbilla en las manos y guiñando los ojos hacia nosotros. Nadie era mejor que mamá para dar el toque de culpabilidad.

—Bueno, mamá, quiero tener hijos, y espero que eso ocurra más pronto que tarde.

— ¿No necesitas encontrar una mujer con la que procrear, Holden?— preguntó sarcásticamente Katarina antes de soltar una carcajada en toda regla.

—Creo que la he encontrado.

— ¿La has encontrado?— Preguntó mamá, sentándose derecha, su anterior mohín ahora sustituido por una enorme sonrisa. —Lo sabía. ¿Cuándo podré conocerla?

—Le pedí que viniera esta noche, pero me rechazó.

— ¿Esta noche?— Preguntó Katarina. — ¿Me has estado ocultando algo? ¿Cuánto tiempo llevas viendo a esta chica?

—En realidad, acabo de conocerla hoy.

— ¿Qué?— preguntaron al unísono mi madre y mi hermana.

— ¿Has conocido a la chica hoy y le has pedido que venga a cenar a casa de tu madre?— Katarina gritó la pregunta en medio de su risa. —Dios mío. — Se volvió hacia mamá. —Será mejor que te olvides de esos nietos. Tu hijo tiene cero juego.

—No necesita juego. — dijo mi padre, sonriéndome. —Cuando se sabe, se sabe. En cuanto vi a tu madre supe que sería mi esposa.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Es cierto que lo sabes enseguida, pero maldita sea, Holden, no hace falta que entres ahí disparando.

—Tengo treinta y siete años. Reconozco algo bueno cuando lo veo. Estoy seguro de que ella también lo sintió. Solo es un poco tímida.

—Suenas como un psicópata. Sé que no lo eres, pero esta chica no te conoce de nada. Lo arruinaste, amigo. — Katarina tomó un sorbo de su café, con las comisuras de la boca todavía levantadas.

—Ella accedió a la cena. — dije, mirando hacia abajo. —No creo que haya estropeado nada. — Al decir estas palabras, sentí que se me caía el estómago. ¿Y si Katarina tenía razón y mi celo había causado algún daño? —Bueno, mamá, fue una gran comida como siempre. Tengo que irme, mañana temprano. — No tenía un día temprano. Solo quería salir de allí para poder ver a Riley. Esta noche. Tenía que asegurarme de que supiera que no era un psicópata.

# Capítulo 4

RILEY

Había pasado una hora entera desde que me metí en la cama. Me quedé mirando el techo blanco antes de oír un estruendo. Al principio, no me moví. Los ruidos fuertes e inoportunos en la noche no eran algo desconocido para mí; vivir en Chicago los había convertido en la norma. Esto no era Chicago, y ese golpe no era algo aleatorio en la calle. El golpe volvió a sonar, esta vez más fuerte. Me senté en la cama, sin saber qué hacer. En Chicago llamaría al 911 tan rápido que mi cabeza daría vueltas, pero esto era un pequeño pueblo de Colorado. Este lugar era conocido por su baja criminalidad y su vida cotidiana. Fue la razón principal por la que lo elegí. Suponiendo que se trataba de un cliente desesperado por unas flores, salí a trompicones de la cama. Cogí la bata que estaba colgada en el sillón de la esquina de mi habitación y me la puse. En Chicago, le diría a la persona que se fuera a la mierda desde la ventana abierta. Sin embargo, no creía que esta fuera la clase de comunidad que apreciaría que alguien fuera algo más que un vecino. Bajé corriendo las escaleras mientras los golpes continuaban y sentí una punzada de fastidio ante la insistencia de la persona. Eran las diez de la noche. No estaba obligada a responder. La persona podía calmarse un poco.

—Son las diez de la noche; ¿cuál podría ser la emergencia?— pregunté mientras abría la puerta de golpe. Abrí la puerta de golpe. En cuanto vi a la persona que estaba allí, quise dar un portazo inmediatamente, volver a subir corriendo, ponerme presentable y volver a bajar. Quería volver a hacerlo. Me llevé la mano al pelo, intentando asegurarme de que no era el montón desordenado que me imaginaba. Me sentí totalmente mortificada. Parecía una vieja loca de los gatos. Estaba allí con zapatillas de gatito, una bata de gatito roja y rosa, y un pijama de nubes azules y de gatito. Entonces me acordé de la máscara nocturna que llevaba en la cara y quise que el suelo se abriera y me tragara entera.

*Sotelo, gracias K. Cross*



—Incluso estás guapa así. Creo que te faltan rulos. — dijo Holden, apoyado despreocupadamente en el marco de la puerta sonriendo, con el aspecto de un modelo de portada GQ pero más sexy.

—Ummm. — tartamudeé, atando la bata más fuerte alrededor de mí, pensando estúpidamente que podría hacer algo por mi estado actual. —Hola.

—Hola a ti también.

— ¿Puedo ayudarte en algo? ¿Las flores estaban bien?— Pregunté.

—Sí, estaban perfectas. A mi madre le encantaron. Solo quería pasarme para asegurarme de que no he quedado como un loco antes.

— ¿Quieres decir chiflado?

—No lo estoy, sabes. — dijo, frotándose la barba, haciéndome anhelar reemplazar sus dedos por los míos.

—Estás en mi casa en medio de la noche exigiendo que sepa que no estás loco. Estoy bastante segura de que eso se califica como un poco de locura. — Le sonreí, viendo como su sonrisa arrogante desaparecía y su ceja izquierda se levantaba. Se veía tan sexy cuando su ceja se levantaba. Sentí calor, y la bata se sentía como si me constriñera de repente. Empecé a jugar con el cinturón, frotando el material entre las yemas de los dedos. —Si nos hubiéramos conocido en Tinder, te estaría haciendo el fantasma. Poniendo alertas rojas por todas partes.

— ¿Has estado mucho en Tinder?— preguntó, su calma ahora bordeada de irritación.

—La verdad es que no. Lo intenté una o dos veces, pero los chicos eran todos perversos de la basura.

—Bien. — dijo como si se sintiera aliviado de que no tuviera vida. Otra cosa que debería haberme hecho dar un portazo y cerrarla tras de mí, dejándole al otro lado, pero había algo en Holden que me gustaba. Era firme pero no tenía miedo de saltar. —Solo estaba pensando en ti, y quería pasar por aquí de camino a casa.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Te invitaría a pasar, pero todavía no estoy segura de si estás loco o no. — bromeé, sonriéndole. Mirarlo no era lo más cómodo. El hombre era enorme.

—Tal vez solo esté loco por ti. — bromeó, y sentí un cosquilleo de placer en todas mis partes femeninas.

—De acuerdo, pero si me matas, volveré y te perseguiré el resto de tus días. — bromeé, apartándome para darle la oportunidad de entrar. — ¿Puedes darme unos cuantos?

— ¿Por qué? Estás perfecta.

—Bueno, gracias, pero realmente no me gusta mi máscara de fantasma de la ópera mientras estoy en compañía de otros. Sígueme. — dije antes de cerrar la puerta tras él y llevarle arriba, a mi pequeño apartamento en la parte superior de la tienda.

Cuando llegamos arriba, le dirigí a mi pequeña cocina que le hacía parecer un gigante.

—Lo siento. El espacio no está hecho para varias personas.

— ¿Por qué te disculpas?— preguntó, inclinando la cabeza hacia un lado. No pude evitar pensar en lo joven que parecía al hacerlo.

—La fuerza de la costumbre, supongo. — Puse la tetera y saqué el azúcar y el té. —Lo siento, de momento solo tengo bolsitas de té. También hay leche en la nevera. No sé cómo te gusta el tuyo. — Volví a balbucear. Estaba bromeando con él sobre su locura cuando era yo la que sonaba como una completa loca.

—A decir verdad, no soy muy de tomar té. Solo quería pasar más tiempo contigo. — dijo suavemente, haciendo que mi corazón diera un salto y que mi piel se pusiera de gallina sin siquiera tocarme.

—Oh. — susurré.

Al igual que antes, Holden caminó hacia mí, cada uno de sus pasos metódicos y totalmente acogidos por mi cuerpo traicionero. Se acercó a mí y me colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. Se inclinó y sus labios se posaron sobre los míos. —Voy a besarte ahora. — susurró.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Su aliento olía a menta y azúcar. Sentí que la cabeza me daba vueltas, que me emborrachaba solo con su cercanía. Mis labios se separaron por sí solos, metálicos ante su imán. Se inclinó, uniendo sus labios a los míos, y en ese momento, sentí que todo mi cuerpo se forjaba en llamas. Sentí que el calor aumentaba en cada fibra de mí ser hirviendo dentro de mí, y lo siguiente que supe fue que ardía. Mis brazos estaban alrededor de su cuello, los suyos alrededor de mi cintura tirando de mí, mis pies ahora fuera del suelo, y lo único que me mantenía en su lugar era la seguridad de sus brazos. Su lengua se fundió con la mía, y todo lo que quería era más, más de este hombre, más de su toque.

—Eres tan jodidamente irresistible. — susurró mientras se alejaba ligeramente, dejándome embriagada por su tacto. Cuando abrí los ojos, le vi allí mirándome, pero entonces me fijé en la máscara blanca que había rozado su piel, y volví a la realidad.

—Dios mío. Nos dimos nuestro primer beso cuando llevaba una máscara. — Me golpeé la frente con la palma de la mano. Movié suavemente mi mano, sujetándola con la suya.

—Mírame, Riley. — exigió, con voz severa pero suave.

Levanté la cabeza, avergonzada y preocupada por lo que pudiera ver en esos ojos vibrantes suyos.

—Eres impresionante. Me siento privilegiado por respirar el mismo aire que tú. Verte así es un honor porque sé que es algo que la mayoría no llega a experimentar.

Sentí que mi corazón latía frenéticamente. Si no lo supiera, pensaría que estaba teniendo un ataque al corazón o un ataque de pánico. Este hombre estaba aquí, haciéndome sentir como si estuviera en una especie de comedia romántica.

—Oh. — dije, una vez más sin palabras.

—Me voy a ir. Quiero que duermas un poco, pero volveré mañana por la noche para llevarte a una cita en condiciones. — Se inclinó, me besó la punta de la nariz y volvió a bajar las escaleras y a salir por la puerta principal, dejándome con la sensación de estar colocada.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 5

HOLDEN

—Pareces feliz. — dijo Kevin, con una sonrisa tonta pegada a la cara. Odiaba que me conociera toda la vida y que me conociera tan bien.

—Siempre estoy feliz, Kev.

— ¿Estás metido en algo, hombre?

—No me drogo. — dije. Cogí mi chaqueta, cerrando de golpe mi taquilla.

—Solo era una broma, hombre. — Kevin se giró y me miró fijamente, con la sonrisa todavía en su cara. —Pero en serio, pareces feliz. Mucho más feliz de lo normal.

—Conocí a alguien. — dije, las comisuras de mi boca se volvieron hacia arriba mientras los flashes de Riley con esa máscara y esa tonta bata venían a mi mente. Se había visto tan hermosa que había querido follarla en ese mismo momento en el pequeño suelo de su cocina, pero también quería conocerla y que me entendiera.

— ¿Lo hiciste?— preguntó Kevin. —Por fin. Con suerte, Molly dejará de recibir llamadas de los entrometidos del pueblo a todas horas de la noche.

—No se lo digas a Molly.

—No voy a mentir a mi mujer.

—Nadie dijo que mintieras. Simplemente no ofrezcas la información. No es que ella vaya a preguntarte. Solo déjala pensar que estoy en el mercado.

—Espera, estás diciendo que estás fuera del mercado antes de tener una cita.

—Sí.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Bueno, maldita sea. — dijo Kevin mientras le daba una palmadita en la espalda y salía de la estación de bomberos.

Durante todo el trayecto hasta Urban Bloom, no dejé de pensar en cómo podía mantener a raya mi furiosa erección cuando estaba cerca de Riley. Me hacía sentir como un maldito niño de doce años. Esta mañana, me desperté al borde de un sueño húmedo. La chica me estaba llevando al borde de la obsesión.

Entré en el edificio y la vi arreglando unas flores rosas. Parecía que las estaba esponjando. Seguro que eran bonitas, pero al lado de Riley, parecían un arbusto cualquiera. Llevaba un jersey ligero y unos vaqueros ajustados que hacían que su culo se viera jodidamente fantástico. Solo quería darle un mordisco a esos globos redondos y perfectos. Cuando dejé pasar la puerta, el timbre sonó más fuerte, y su bonita cara se giró para mirarme.

—Vaya, hola. — dijo, con una dulce sonrisa en su rostro.

—Hola a ti también, preciosa. — Me acerqué a ella, arranqué una de las flores rosas y se la entregué.

—Normalmente, tú traes las flores. No le quitas una a la chica para ofrecérsela.

—Lo habría hecho, pero la chica es dueña de la única floristería del pueblo. — Me agaché y le susurré al oído: —Pero te prometo que el postre valdrá la pena. — Me aparté y observé cómo ese bonito rubor rosado enrojecía en su perfecto rostro.

— ¿Quieres conducir tú, o lo hago yo?— dio un paso atrás, ladeando la cabeza.

—Ninguna de las dos cosas. Vamos a caminar.

— ¿El lugar está cerca?

—Seguro que sí. ¿Ya has ido a Southern Hospitality?

—No, no soy un gran fan de la comida sureña.

—Es porque no has probado lo bueno. Si no te gusta, tienen una ensalada Cesar decente. — La agarré de la mano y la hice salir, soltándola solo para que cerrara la tienda. Cuando terminó, la volví a coger con la mía.

*Sotelo, gracias K. Cross*

— ¿No te asusta que se muevan las lenguas?— preguntó, levantando nuestras manos unidas.

—No.

—Esta gente habla de verdad. Lo oigo todo el día en la tienda.

—Déjalos. — dije, llevando nuestras manos unidas a mi boca y depositando un beso en uno de sus nudillos.

—Genial. Ahora todo el mundo pensará que estoy con un loco.

—Bien. Así nadie vendrá a husmear. — Me reí al ver cómo abría la boca y resoplaba. Pero durante su falsa indignación, todavía no soltó mi mano.

—Vaya, Holden Summer, hacía tiempo que no veía tu cara bonita por aquí. — dijo Tammy Willard, una de las camareras, mientras se apresuraba hacia nosotros, con un par de menús en la mano. Tammy llevaba trabajando en el Southern Hospitality desde que tenía uso de razón, y era un elemento básico del local. — ¿Quién es esta cosa tan bonita?

—Esta es Riley Crane. — dije. Miré a Riley y sonreí, sintiéndome muy orgulloso de que, de toda la gente de la ciudad, ella estuviera aquí de mi brazo. —Es la dueña de la nueva floristería del pueblo.

—Bueno, hola, cariño. Bienvenida a Sweetheart. — dijo ella. — Bueno, no se queden ahí parados. — Agitó un brazo en el aire, haciendo un gesto para que la siguiéramos. Nos llevó a una de las pocas cabinas del local. —Pensé que les gustaría tener algo de intimidad. — Nos guiñó un ojo antes de dejar los menús sobre la mesa y marcharse.

—Entonces, ¿qué recomiendas?— Preguntó Riley.

—Como esto no es realmente lo tuyo, pensé que podríamos empezar despacio. Pollo frito, okra, macarrones con queso y pan de maíz.

—Suená bien.

— ¿Vas a confiar en mí?

—Más vale que así sea. Hasta ahora no he terminado muerta en una zanja.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Me alegro de haber bajado un peldaño en la escalera de la locura. — dije. —Con suerte, pronto podré bajar todos los peldaños.

—El jurado aún no está seguro de eso.

— ¿Quieres algo de beber con la cena?

—Solo agua, por favor.

— ¿No quieres vino o una cerveza?

—No, no bebo. No lo he hecho en varios años.

—Oh, ¿y eso por qué?— pregunté, no muy acostumbrado a estar cerca de mucha gente que no bebía ni una gota de licor.

—La última vez que bebí, pasó algo malo. Me desanimó al respecto. — Me sostuvo la mirada, con un tono un poco más duro que hace un momento. —Prefiero no hablar de ello.

—Por mí está bien.

*Por ahora.*



# Capítulo 6

RILEY

Agradecí mucho que la cena transcurriera sin más preguntas sobre la bebida. Holden era realmente bueno en hacerme sentir cómoda. Tenía una forma fácil de ser. Era divertido, encantador y, según su reacción con toda la gente del pueblo, se le veía como un tipo perfecto. No habíamos pasado más de diez minutos en toda la noche sin que alguien se acercara a saludar o a preguntar por su familia. Por lo que parece, era increíblemente querido.

—Parece que todo el mundo te conoce. — dije, llevándome a la boca el último trozo de quimbombó frito. Cerré los ojos y saboreé la explosión de sabores increíbles.

—Admítelo, la comida fue fantástica. — dijo, ignorando mi afirmación sobre su notoriedad.

—Sí. Supongo que nunca supe lo que era la cocina sureña hasta ahora.

—No, no hay lugar como Southern Hospitality. — Se recostó en la cabina, con los brazos cruzados, y me miró fijamente.

— ¿Qué?— Pregunté. — ¿Tengo algo pegado en los dientes o en la cara?— Cogí la servilleta y me limpié alrededor de la cara, por si acaso.

—No. Tan guapa como siempre.

— ¿Entonces por qué me miras así?

—Así...— dijo, inclinándose hacia delante. —...es como un hombre mira a la mujer más hermosa que ha visto jamás. — Sus palabras se sentían como fuego mezclado con agua, a la vez descontrolado y tranquilo.

—Gracias. — dije, colocando un trozo de pelo suelto detrás de mi oreja. Holden me hacía sentir nerviosa, emocionada, completamente como si flotara y temiera caer al mismo tiempo. No dejaba que la gente

*Sotelo, gracias K. Cross*

se acercara demasiado. Cuando lo hacía, se iban y yo volvía a estar sola en la oscuridad. Había sido cuidadosa hasta Holden. No era solo su buena apariencia o su personalidad despreocupada. Era algo que no podía determinar. Fuera lo que fuera, era completamente nuevo y totalmente inesperado.

—Háblame de ti, Riley Crane. — me pidió Holden.

—No hay mucho que contar. Soy bastante aburrida.

—Oh, lo dudo, preciosa.

—Fui la única hija de una madre soltera, que murió en un accidente de coche cuando tenía doce años, dejándome con una maravillosa y cariñosa abuela. Cuando tenía veintitrés años, mi abuela murió. Dos años más tarde, cuando conseguí algo de dinero, dejé Chicago y me mudé aquí. — Le solté las palabras, sin saber muy bien por qué le estaba contando la historia de mi vida de una forma tan directa. Pero la verdad es que no quería hablar del pasado. El pasado estaba donde yo quería que se quedara: enterrado. Por eso me fui de Chicago. Para tener una oportunidad limpia.

— ¿Estabas cerca de tu abuela?— Preguntó Holden, sin entender la indirecta.

—Sí, era estupenda. Trabajaba en la cafetería de la Universidad Northwestern antes de jubilarse cuando yo tenía doce años. Realmente adelantada a su tiempo. Inteligente, descarada, amable. Era el paquete completo.

—Parece que heredaste mucho de ella.

—Ella solía decir eso. — dije. Sonreí, pensando en todas las noches que mi abuela se acostaba conmigo en la cama después de la muerte de mamá, diciéndome que las mujeres Crane eran supervivientes y que esto también pasaría. Tenía razón con el tiempo; lo hizo, pero esta mujer Crane recibió más golpes, y el último ya no pudo soportarlo.

— ¿Dónde aprendiste sobre las flores?

—Mi abuela. Después de la muerte de mi madre, lo pasé mal. Mi abuela me puso a trabajar en su pequeño jardín. Me enseñó todo lo que sabía. Había algo en las flores que calmaba el resentimiento en

*Sotelo, gracias K. Cross*

mí. — Sentía la garganta seca. Tomé un sorbo de agua antes de continuar. —Las flores hicieron por mí lo que el alcohol y las drogas hacen por muchos. El dolor puede consumir, y a los doce años, puede parecer demasiado fatal. La jardinería redirigió positivamente mis sentimientos. Por eso me gustan tanto las flores. En cierto modo, me salvaron.

— ¿Cómo elegiste el nombre Urban Bloom?

—Oh. — me reí. —Cuando tenía dieciséis años, vi una rosa roja floreciendo en medio de una zona urbana de Chicago. El entorno estaba totalmente deteriorado, pero ahí estaba esta flor brillante y hermosa en medio de todo. Me gustó la idea de que algo bello se forjara en la adversidad. De ahí lo de Urban Bloom.

Se quedó sentado en silencio, escuchando mi discurso, y después no dijo nada. Eso me puso nerviosa. Estaba segura de que lo había asustado.

*Mejor ahora que dentro de unos meses.*

—Eres mucho mejor de lo que pensaba.

—Perdón. — dije.

—Eres una superviviente. Eres fuerte y hermosa. Eso es una fuerza a tener en cuenta y el tipo de persona que debe ser apreciada. Eres extraordinaria.

—Estás loco. — dije, y se rió mientras se acercaba a la mesa y me cogía la mano.

—Tal vez. — dijo.

— ¿Quieren algo más?— preguntó Tammy, apareciendo de repente de la nada.

— ¿Riley?— Preguntó Holden.

—Estoy bien, gracias. Estaba todo delicioso.

—Por supuesto que lo estaba, cariño. Nadie hace cocina sureña como nosotros. — Tammy se puso de pie, echando los hombros hacia atrás.

—Bueno, me has hecho una fanática.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Holden sacó su tarjeta de crédito y se la entregó a Tammy.

— ¿Puedo pagar la mitad, por favor?— Pregunté.

—Blasfemia. — dijo Holden. Sonrió y las esquinas de sus ojos volvieron a arrugarse, haciendo que mi corazón diera un vuelco. —De ninguna manera voy a dejar que pagues nuestra cita.

— ¿Quién dijo que esta era una cita?— pregunté.

—Fue una cita. La primera de muchas.

# Capítulo 7

HOLDEN

— ¿Quieres entrar?— preguntó Riley cuando llegamos a Urban Bloom.

—Sí. — dije.

Abrió la puerta y me la mantuvo abierta.

—Tú primero, cariño. — dije, dejándola pasar antes de seguirla dentro.

—Eres todo un caballero.

—Mi madre se alegraría de oírte decir eso.

Sus ojos eran suaves y amables mientras sonreía tímidamente. Me atrajo tan profundamente que no pude apartar la mirada. Algo me atraía hacia ella. Su dulzura e ingenio eran evidentes, pero algo más profundo, una sensación de que estaba a punto de convertirse en una parte importante de mi vida, me inundó.

—Lláname loco, Riley...

—Creo que ya lo hice...— Su tímida sonrisa se abrió de par en par y estuvo a punto de destrozarme el corazón.

—Pero esta cita contigo ha sido la mejor que he tenido. Quiero mucho más que esta cita.

Sus ojos se ablandaron, se mordió el labio inferior y entonces perdí el control. Me incliné hacia ella y le arranqué el labio inferior de los dientes antes de sustituirlos por los míos. Arrastré mis dientes a lo largo de su labio inferior antes de pasar mi lengua por el arco superior.

Su respiración se entrecortó contra mí y aproveché el momento para acercarla, metiendo los dedos en su largo cabello y atrayéndola contra mis labios para darle un beso de verdad.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Oh, Dios mío...— Se apartó, con las yemas de los dedos tocando sus labios. —Ha sido un beso increíble. Creía que el de anoche fue bueno, pero este lo ha superado todo. Sigues subiendo el listón, Holden Summers.

Mis labios descubrieron la parte sedosa de su cuello, donde su garganta se unía a la curva de su hombro. —No es difícil de hacer. Eres una mujer increíble. — Toqué mi frente con la suya y volví a juntar nuestros labios. —Quiero más de ti. Quiero todo de ti.

Asintió suavemente contra mis labios, y eso fue todo el estímulo que necesitaba. Empujé mi lengua más allá de la costura y la besé con mayor urgencia, la necesidad de absorber todos los hermosos pedazos de ella abrumaba mis sentidos en ese momento.

—Sabes a fuego y a hielo mezclados. — respiré, cogiéndola en brazos y poniéndome en pie. —Me congelas con solo una mirada. La forma en que el fuego arde en mis venas cuando tu piel toca la mía es casi insoportable. — La levanté y comencé a subir las escaleras hacia su apartamento.

—Deja de hacer el loco. También deberíamos cerrar la puerta. — dijo. Volví y cerré la puerta antes de mirar su hermoso rostro.

—Llámame loco todo lo que quieras, pero siempre he sabido cuando algo encajaba bien conmigo, y Riley, tú encajas perfectamente.

Subí corriendo con ella en brazos, sin querer perder ni un minuto más.

—Nunca me he ido a casa con una mujer en la primera cita. De hecho, hace casi veinte años que no estoy con una mujer.

— ¿Qué?— preguntó. — ¿Cómo es posible?— Agitó la mano en el aire, señalando mi cuerpo. —Quiero decir, mírate. Pareces una especie de dios griego. Como, estamos hablando de supermodelo caliente aquí.

— ¿Crees que soy sexy?— Pregunté.

—Quita esa sonrisa arrogante de tu cara. Sabes que sí. Estoy segura de que lo has sabido toda tu vida.

—En realidad, nunca lo he pensado.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Vamos, ¿nunca te has fijado en cómo reaccionan las mujeres ante ti?

—No. La única vez que me ha importado lo que pensaba una mujer fue cuando te conocí.

—Entonces, espera, ¿me estás diciendo que no tienes una chica nueva cada semana?

Sus palabras me hirieron. Me molestó un poco que ella pensara que era otro tipo de mierda que usaba a las chicas como si fueran basura. —Joder, no. ¿Por qué clase de imbécil me tomas? respeto a las mujeres. Hace tiempo que decidí no estar con una mujer a menos que fuera la elegida.

—Entonces, ¿crees que soy la elegida?

—Claro que sí, joder. Lo supe desde el primer momento en que te vi.

Tragó. —Soy virgen.

Mi sonrisa se inclinó hacia un lado. La idea de que ningún hombre la había tocado me gustaba. Me gustaba saber que solo sería mía y de nadie más. Su sentido de inocencia y asombro eran dos de las cosas que me atraían tanto.

Cuando llegamos al piso de arriba, sus dedos recorrieron el cuello de mi camisa antes de que nuestros labios volvieran a tocarse, y nuestras manos recorrieron todos los centímetros no descubiertos, despojándose de la ropa hasta que ambos estuvimos acurrucados en su cama.

Era tan delicada contra mi forma dura, curvas suaves y carne cremosa y caliente bajo las yemas de mis dedos. —Me haces sentir todo. —Junté sus preciosos pechos, lamiendo y mordiendo la carne expuesta antes de tirar de sus pequeños pezones fruncidos. Mordí sus labios, encajando mi polla sobre su coño caliente y húmedo. —Te necesito desnuda, cariño.

Sus labios atraparon los míos, sus caderas rechinando contra mi pelvis mientras enrollaba sus manos en mi pelo. —Sí, Holden. Sí, por favor. Te deseo.

*Sotelo, gracias K. Cross*



Mi corazón palpitó de forma errática cuando sus palabras se hicieron sentir. Apreté su pelo con la mano y acerqué sus labios a los míos en un beso de castigo para transmitir lo mucho que me afectaba antes de empujar mi polla contra su carne caliente.

Suspiró y sus uñas se clavaron profundamente cuando mi polla tocó su carne por primera vez. La forma en que se arqueó y gimió me puso la polla aún más dura. Me estaba volviendo loco de lujuria y necesidad.

Era hermosa. Era pecaminosa, suave e inocente, y quería corromperla, poseerla, reclamar cada centímetro y no dejarla ir hasta que se saciara. O hasta que lo estuviera.

—Riley...— susurré, atrapando sus labios en un beso mientras mecía mi polla contra la húmeda costura de su coño, provocando su entrada sin tomarla del todo.

—Holden, eres tan grande. — jadeó, con las manos en mi pelo mientras me besaba febrilmente. Una mano se deslizó contra la vara de acero de mi polla y la hizo saltar y sacudirse. —Creo que no vas a caber.

Un gruñido bajo se abrió paso entre mis labios antes de llevar su pecho a mis labios y chupar su pezón. Con lentas caricias, conduje mi polla hasta su entrada, sintiendo cómo se volvía más resbaladiza y excitada con cada movimiento que hacía. —Estás empapada, nena. — pronuncié contra el pequeño pico rígido.

Gimió, con las uñas clavadas en mi espalda mientras sus caderas se balanceaban contra las mías, deslizándose un poco más adentro, un poco más lejos cada vez.

Pellizqué un pezón entre el pulgar e índice, y mi polla se puso imposiblemente más dura.

—Eres tan condenadamente hermosa. — dije. Con una de mis manos enredadas en su pelo marrón chocolate, mi polla palpitaba y goteaba, desesperada al sentir su calor apoderándose de mí.

—Te sientes como en el cielo, cariño. — Me aferré a mi control apenas sostenido. —Te sientes tan bien que no puedo soportarlo; parece que voy a perder la cabeza dentro de ti.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Me siento tan llena. — confesó. —Cuando te vi por primera vez, eras tan alto que nunca imaginé que un tipo como tú pudiera caber. Me haces sentir tan... increíble. — terminó.

En un rápido movimiento, empujé la delgada pared. Su cuerpo temblaba, sus músculos se tensaban. La penetré profundamente, girando mis caderas mientras le prodigaba atención a cada uno de sus dulces pezones para aliviar el dolor.

— ¿Estás bien?

—Perfecta. Tan perfecta.

Deslicé una palma de la mano entre sus muslos y empujé su clítoris, leyendo los suaves jadeos y los gemidos suplicantes como señal de que su primer orgasmo estaba cerca. Cogí su barbilla con la otra mano y la besé con toda la pasión y el fuego que había acumulado en los últimos días, solo pensando en nuestra cita.

—Riley, no sabes lo que me haces. — Me estremecí al oír sus dulces gemidos mientras la acercaba más y más al límite. Mis dedos se aceleraron mientras sus piernas empezaban a temblar lentamente. Un suave gemido salió de sus labios cuando sus uñas se deslizaron por mi espalda y sus ojos se pusieron en blanco. Con sus dientes apretando de nuevo ese dulce labio inferior, se corrió en largas oleadas sobre mi polla, apretando y apretando hasta que no pude contenerme más y me corrí en largos chorros. La liberación recorrió mi espina dorsal en espiral y me hizo sentir mil sensaciones embriagadoras.

Me perdí en ella, en todo lo que era esta mujer, mientras cubría su dulce vientre.

Su respiración era superficial. Me desprendí de su cuerpo, con la polla todavía medio dura y ansiosa de más de ella.

Se acurrucó en mi brazo, con una sonrisa ebria iluminando sus bonitos labios. Recorrí sus curvas con las yemas de los dedos antes de volver a deslizarme hasta su pezón y susurrar: —Descansa ahora, preciosa. Aún no estoy cerca de saciarme de ti.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 8

RILEY

—Despertarme en la cama sin ti en mis brazos no era lo que me imaginaba esta mañana. — dijo Holden, entrando a trompicones en mi cocina en toda su gloria desnuda. De repente, la habitación estaba más caliente que de costumbre. Se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. Sentí su enorme polla erecta frotándose contra mí, y sentí que me mojaba al instante.

—He pensado en prepararnos el desayuno. ¿Te gustan las tortitas?

—Tenía pensado otra cosa para desayunar.

— ¿Oh?— pregunté, dándome la vuelta entre sus fuertes brazos.  
— ¿Qué puedo prepararte?

—Ya está hecho. — Me levantó y me sentó en la pequeña mesa de la cocina.

—Te puedo asegurar que no hay mucho pre-hecho en esta casa.

—Primero necesito probarte. — Sus labios se estrellaron contra los míos, no con suavidad, sino con frenesí. Como si hubiera estado hambriento de este momento.

Dios, creo que yo también. Mis manos se enrollaron alrededor de su cuello, mis labios se abrieron cuando su lengua pasó y se enredó con la mía.

Con cada uno de mis latidos, la pasión me inundaba. Sus manos devorando mi acalorada piel eran suficientes para hacerme combustionar. Parecía que siempre era un desastre en su presencia. Mi núcleo estaba empapado y mi mente se consumía pensando en su tacto.

Mi cuerpo ya era adicto a él.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Sus labios no se separaban de los míos cuando me enjaulaba entre sus brazos, su lengua follaba la mía con desesperada necesidad.

—No puedo esperar a tenerte debajo de mí otra vez. — Su mano subió más y más por mi muslo, amasando la carne hasta que pensé que podría correrme en un grito en ese mismo instante. Ni siquiera necesitó hacer contacto con mi coño. Estaba dispuesta a morir con solo un toque.

—Apenas puedo pensar con tus manos en mi piel.

—Eso es lo que tenía en mente. — Me pellizcó la oreja y luego su pulgar se abrió paso entre mis bragas. El áspero roce de la yema de su dedo contra mi carne caliente fue como un chorro de lava fundida que mojaba mis venas. Apreté los dientes sobre el labio, los muslos temblando mientras su pulgar iba y venía, mi coño se mojaba más con cada pasada.

En un momento, me rompió las bragas y me separó las piernas. Retrocedió un paso, observándome expuesta sobre la mesa de la cocina. —Mantén ese sexy coño abierto para mí. — Hice lo que me ordenó, deseando más de él. —Mira lo cremosa que estás para mí, nena. Mira lo húmedo que está ese coño para que lo toque. Eres una chica sucia, ¿verdad?— me preguntó. Cuanto más sucias eran sus palabras, más me mojaba. — ¿Te gusta que te hable sucio, cariño?

Como no respondí de inmediato, tomó mi clítoris entre el pulgar y el índice y lo pellizcó, haciéndome gemir de éxtasis. —Contéstame, cariño. — exigió.

—Sí. — susurré.

—Quieres mi boca sobre ti, ¿verdad? Quieres correrte en toda mi boca, ¿verdad, cariño?

—Sí. — dije, desesperada por conseguir cualquier liberación que pudiera.

—Dime qué quieres.

—Quiero tu lengua ahí.

Pellizcó más fuerte, haciéndome estremecer. Me encantó la sacudida de dolor que me recorrió.

*Sotelo, gracias K. Cross*

— ¿Dónde, Riley?

—Quiero tu lengua en mi coño. — jadeé. Así de fácil, la boca de Holden cubría mi carne caliente en hábiles lametones mientras me acercaba más y más. Sus dientes atraparon mi clítoris y tiraron antes de chupar y acariciar de nuevo, enviando suaves gemidos que resonaban en las paredes de mi apartamento.

—Sé que te encanta la sensación de mis dedos en tu coño, cariño. Estás empapada. Pero he estado soñando con probar este dulce coño desde el momento en que te vi. Quiero emborracharme contigo. — Sus palabras llegaron a mi oído. — ¿Me quieres dentro de ti, nena? ¿Poseyendo este bonito coño?

Como fuegos artificiales que explotan en mi cavidad torácica, olas de liberación se abren paso a través de cada músculo que poseo. Sus sucias palabras se repitieron en mi cerebro mientras le rogaba en silencio que me volviera a tomar. Todo mi cuerpo. Cada centímetro era ya suyo. Tenía que saberlo.

Mis dedos se aferraron a sus firmes bíceps mientras seguía lamiendo y acariciando, sin rendirse después de un orgasmo, tratando de alimentar un segundo de mi temblorosa forma. Mis dientes apretaron mi labio inferior mientras otro orgasmo se arremolinaba dentro de mí, la fuerza, la necesidad y la lujuria se unían para tomar todo el control.

—Oh, Dios mío, nunca...— aspiré una bocanada de aire. —No puedo creer...

Su sonrisa se torció hacia un lado mientras levantaba la vista de entre mis muslos, chupándose el pulgar en la boca y lamiendo la brillante excitación. —Tu coño sabe dulce, cariño. Toma, Pruébalo. — Me dio un beso en los labios, obligándome a probarlo.

—Eres tan intenso. — susurré, bajando de la mesa con su ayuda. Se sentó en la silla, atrayéndome hacia él. Sentí su dura cresta contra mi culo. —Esa cosa nunca baja. — bromeé.

—Aparentemente no cerca de ti.

— ¿Estás listo para comer algo?

*Sotelo, gracias K. Cross*

—No puedo esperar a probar tus panqueques. Dudo que sean tan dulces como tu bonito coño rosa. — dijo Holden mientras pasaba su dedo por mi raja lentamente, haciéndome temblar. —Mmmm, parece que sigues goteando, nena. Tienes un coño muy goloso, ¿verdad?— Levantó su dedo hasta mis labios y untó mis jugos a lo largo de ellos. —Dos bonitos labios rosados para que los lama. — dijo antes de pasar su lengua por mis labios.

—A la mierda con esto. — dijo antes de levantarse conmigo todavía en brazos e inclinarme sobre la mesa. Me subió la bata antes de agarrarme las nalgas y separarlas. Sus dedos recogieron parte de mi humedad y empezó a extenderla a lo largo de mi culo. —Mmmm, este culo. — dijo antes de inclinarse y lamerme allí.

—Oh. — susurré.

—Incluso este culo es delicioso.

Alineó su polla con mi coño, su dura punta me volvía loca.

—Por favor. — le supliqué.

— ¿Por favor qué, cariño?

—Por favor, fóllame. — jadeé antes de que estuviera dentro de mí. Su polla me llenó hasta el borde. Me aferré a la mesa mientras me golpeaba hasta el olvido. Estaba en el punto de éxtasis antes de sentir su pulgar entrar en mi culo.

—Frota ese bonito clítoris para mí. — exigió. Mi mano se dirigió a mi sensible centro, formando pequeños círculos antes de gritar de placer.

—Eres tan jodidamente hermosa. — dijo mientras yo gritaba antes de que me llenara con su cálido semen. Luego me dio la vuelta, abriendo mis piernas. Sus dedos se sumergieron en mi centro, y cogió su semen y lo extendió sobre mi clítoris y luego a lo largo de mi estómago y hasta mis pechos. —Hoy no puedes ducharte. Quiero que andes por ahí sabiendo que soy el dueño de este cuerpo. Quiero que sepas que mi olor está sobre ti y dentro de ti.

Sus palabras me provocaron otro escalofrío. Me sentía tan caliente al ser tratada y deseada de esta manera. Este hombre me volvía loca de deseo.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Realmente no quiero ir a trabajar. — dijo Holden antes de besarme en los labios.

— ¿Trabajar? Es domingo. — dije, empujando a su lado para empezar a preparar las tortitas.

—Soy bombero. No tenemos días libres tradicionales. — dijo, besándome en el hueco del cuello.

Me quedé helada.

—Eres un qué...— dije. Me sentí entumecida, incapaz de moverme.

—Un bombero. Capitán, en realidad. — Miró el reloj y luego gimió. —Oh, nena, odio hacer esto, pero voy a tener que pedir una prórroga para el desayuno. Empiezo en treinta minutos. — Me besó en la mejilla antes de ir al dormitorio, y justo en ese momento, sentí que todo mi mundo se desmoronaba.

# Capítulo 9

HOLDEN

— ¿Qué te pasa?— preguntó Kevin mientras nos quitábamos la ropa.

—Riley. — dije. —No he hablado con ella desde la mañana siguiente a que tuvimos un sexo alucinante. Estaba tan jodidamente feliz, casi flotando. Pero desde entonces, me ha dejado de lado. No puedo entender qué pasó. Pasé por allí pidiendo verla, pero siempre tenía una excusa u otra. La última vez que fui, vi a Elaine. Me dijo que Riley había vuelto a Chicago a ver a unos amigos por unos días. Cada vez que la llamaba al móvil, saltaba el buzón de voz. La última vez ni siquiera pude dejar un mensaje.

—Oh amigo, eso es duro. Si Molly me hiciera eso, me volvería loco.

—Ya estoy ahí. Todo lo que puedo pensar es en Riley.

—Bienvenido al maravilloso mundo del amor, amigo. — dijo Kevin, dándome una palmada en la espalda. Sonrió ampliamente mientras seguía metiendo su ropa sucia en una bolsa de lona. —Si quieres quitarte una mierda de encima, puedes hacerme un favor.

—Estoy aquí contándote todo sobre mi desamor, ¿y tú culo intenta que te haga un favor?

—Bueno, técnicamente, es para el departamento. Sabes que la recaudación del baile de este año va a ser para nosotros. — Kevin se volvió para mirarme fijamente. Odié su lógica en ese momento. Sabía que el evento era una gran recaudación de dinero en la ciudad, y definitivamente podíamos usar el dinero en el departamento. Ser el capitán me hizo sentir que era mi responsabilidad dar un paso adelante cuando pudiera.

— ¿Qué necesitas que haga?— Pregunté.

— ¿Puedes ir al rancho de Oakley?

*Sotelo, gracias K. Cross*



— ¿Ryan Oakley?— Pregunté. Ryan era unos años mayor que Kevin y yo. Habíamos ido juntos al instituto y nos llevábamos muy bien. Hacía tiempo que no lo veía, pero era un tipo con el que siempre me había gustado estar. —Sí, puedo hacerlo. ¿Qué necesitas que haga?

—Que haga de carabina en el baile, ¿a no ser que quieras hacerlo tú?

—Oh no. — dije, levantando la mano en el aire. —Me gustaría que Riley se lo pasara mejor cuando por fin hable conmigo.

—Bueno, siempre puedes unirte a Oakley si ella deja tu lamentable trasero. — dijo Kevin, riendo.

Tanto sus palabras como su tono me irritaron sobremanera. Riley iba a entrar en razón. Iba a hacerla mía de una forma u otra.

—No te preocupes por Riley y por mí. Voy a volver a encauzar eso.

—Si tú lo dices. — dijo Kevin.

—Lo sé. Cuando quiero algo, nada se va a interponer en mi maldito camino. Sé que algo la está molestando. Solo necesito que hable conmigo.

—Solo sigue presionando, hombre. Asegúrate de que sepa que estás aquí y que no vas a ir a ninguna parte, pase lo que pase.

Dejé que las palabras de Kevin me inundaran. Sabía que no podía perder a Riley. Era evidente que algo estaba pasando. Nadie se calienta y se enfría así.

—Ella es la elegida. Nunca voy a renunciar a ella. — Me eché el petate al hombro y cerré mi taquilla. —Voy a ir al rancho y luego voy a buscar a mi chica.

—Bien. — Kevin me sonrió, una sonrisa arrogante que los hombres daban cuando sabían que tenían razón. —Si hubiera dejado ir a Molly, mi vida habría sido una completa mierda. Nuestras mujeres hacen que nuestras vidas merezcan la pena.

---

*Sotelo, gracias K. Cross*

El trayecto hasta el viejo rancho de Oakley fue tranquilo. Podía ver por qué al viejo Oakley le gustaba tanto el lugar, alejado de todo el ruido, y realmente podía concentrarse en la paz y la soledad que la naturaleza podía proporcionar. También sabía que era imposible que Ryan se quedara allí. Odiaba a su viejo.

Abrí la ventana, dejando que el aire fresco golpeará mi piel. Cuando llegué al rancho, aparqué y me acerqué a la puerta principal.

Una linda mujer morena y curvilínea abrió la puerta. No parecía tener más de veinte años, si acaso. —Hola, ¿puedo ayudarle?

—Hola, soy Holden Summers. ¿Está Ryan por aquí?

—Sí, déjame ir a buscarlo. Pasa. — dijo, haciéndose a un lado, haciéndome un gesto para que entrara. Desapareció, dejándome en la entrada principal.

— ¿Quién es?— llamó Ryan.

—Hay alguien que quiere verte. Dice que se llama Holden.

— ¿Holden Summers?— preguntó Ryan antes de pasar por delante de ella y presentarse. Sonreí a mi viejo amigo. Tenía buen aspecto; los años habían sido amables con él. Seguía siendo el mismo hombre ancho del instituto, pero sus ojos parecían cansados, fatigados, algo que los golpes de la vida tenían una forma de entregarnos con el paso del tiempo. —Hola. Cuánto tiempo sin vernos.

—Ryan Oakley. — Sonreí, extendí mi mano y estreché la suya. —Oí que habías vuelto a la ciudad. Pensé que debía venir y verlo con mis propios ojos.

—Sí. — Se pasó la mano por el pelo y suspiró. —Sobre eso. Sé que debería haberme pasado a tomar una cerveza o algo así. Es que me han corrido con el rancho.

Levanté la mano y rechacé su disculpa. Realmente no me debía nada. Sabía que probablemente tenía las manos llenas con el rancho y tal vez la chica que respondió a la puerta. —No hay resentimientos. Sé cómo son las cosas. He estado trabajando demasiados turnos últimamente. Aunque, tengo que admitir que no estoy aquí solo para un saludo amistoso. Un amigo común me envió.

—Déjame adivinar... ¿Esa amiga común es Elaine?

*Sotelo, gracias K. Cross*

Una risa retumbó en mi pecho, y asentí. —Necesita tu ayuda para acompañar el baile de los enamorados. Lo haría yo mismo, pero por una vez en mi vida, tengo planes para el día de San Valentín. — Sabía que esos planes no eran fijos, pero lo serían. En cuanto saliera de aquí, planeaba encontrar a Riley y hacer que hablara conmigo.

— ¿Quién es la afortunada?— preguntó Ryan, levantando las cejas.

—Nunca dije que fuera una cita.

—Oh, vamos. Confiesa. ¿Cómo se llama?

Sonreí cuando la imagen de Riley vino a mi mente. —Se llama Riley. Lleva la floristería del pueblo. Pero es nueva, y me gustaría no tener que decepcionarla teniendo que hacer de carabina en este baile. Me harías un favor personal si pudieras intervenir. La recaudación se destinará este año a la estación para ayudar a mejorar la bomba de agua del camión.

Ryan aceptó mientras se frotaba la nuca. —Claro. Dile a Elaine que me apunto.

—Gracias. Realmente estás ayudando a un tipo. — Estreché la mano de Ryan. Subí a mi coche y me dirigí directamente a Urban Bloom para hacer ver a Riley lo loca que estaba siendo.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 10

RILEY

Anoche volví de Chicago a última hora. Me sentía tan agotada que ni siquiera me molesté en abrir la tienda esta mañana. Los días previos al Día de San Valentín eran unos de los momentos de mayor actividad del año para una floristería, y aquí no me importaba. Solo podía pensar en Holden. Me quedé tumbada en la cama, abrazando mi almohada y sintiendo la tristeza de toda mi vida pesando sobre mí.

*Golpe.*

El sonido provenía de la ventana. Supuse que era la nieve que se convirtió en granizo. Se suponía que iba a llegar una tormenta, al menos eso era lo que había dicho el tiempo local.

Ignoré el sonido, apartándome de la ventana y abrazando mi almohada, esperando que llenara el vacío que había desde Holden. Miré el reloj. Las diez de la noche. No entendía quién podía estar tan desesperado como para no esperar hasta mañana.

Cerré los ojos, desesperada por dormir para acabar con mi pena.

*Golpegolpegolpegolpegolpegolpegolpe.*

Quienquiera que fuese, era un completo imbécil. Tropecé fuera de la cama para ir a darles una parte de mi mente, pero a quien vi por la ventana me dejó congelada en mi lugar.

Intenté esconderme de su vista, pero llegué demasiado tarde. Allí estaba él, en el frío, con sus ojos clavados en los míos. Se me escapó un gemido mientras me golpeaba la frente contra el cristal de la ventana. Mi corazón lo anhelaba, pero el miedo incrustado en lo más profundo de mí me impedía ir hacia él.

—Voy a esperar aquí toda la noche. — gritó Holden. —Cuando me muera de congelación, te vas a sentir terriblemente culpable.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Sus palabras hicieron que un pico de rabia fluyera a través de mí. Cogí la bata de gatito que estaba tirada en el suelo y bajé las escaleras furiosa. Abrí la puerta de golpe y le miré fijamente.

— ¿Por qué estás tan loco?— grité.

— ¿Por qué me evitas?

—Yo he preguntado primero.

Caminó hacia mí, cada paso me hacía temblar de anhelo y miedo. Mi respiración se intensificó y mis manos empezaron a temblar.

—Te quiero, y nada se va a interponer en mi camino. — dijo Holden.

— ¿Y si no te quiero?— pregunté, tratando de alejarme de él antes de que Holden me atrapara entre sus brazos.

—Mentira. — escupió, sus ojos azules ardiendo a través de los míos. Me dolía mirarlo. Sentí que el aire era succionado a mí alrededor.

—Holden. — supliqué. —Por favor, vete a casa.

—Tú eres mi casa. — Pasó sus dedos por mi pelo, sujetando mi nuca antes de aplastar sus labios contra los míos. Quise rechazarlo. Intenté retroceder, correr hacia adentro y esconderme de él, pero lo anhelaba. Cada fibra de mi cuerpo ardía por ese hombre. Abrí los labios, permitiendo la entrada de su lengua y mezclándola con la mía. Agarré la solapa de su chaqueta y lo acerqué a mí, sujetándolo con fuerza. —Sin ti, Riley, no soy nada. No tengo nada. ¿No lo ves? Estamos hechos el uno para el otro.

—Holden, no puedo.

—Sí, puedes. Solo dime lo que pasó. ¿Qué necesitas? ¿Qué tengo que hacer?

—No hay nada que hacer.

Sacudió la cabeza. —Me niego a creer eso.

—No puedo estar con alguien que hace lo que tú haces. — le dije.

— ¿Qué quieres decir?— preguntó. Ladeó la cabeza, con el ceño fruncido en su perfecto rostro.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—He perdido a todas las personas que he amado durante toda mi vida por algún tipo de tragedia. No puedo entablar una relación con alguien que elige arriesgar su vida cada día.

—Espera. — dijo Holden, apartándose de mí, sujetando mis brazos mientras me miraba fijamente a los ojos. — ¿Nos estás dando la espalda, a mí, porque soy bombero?

—Ya he perdido a alguien por el fuego. No voy a hacerlo de nuevo.

—No voy a ninguna parte. — gritó.

—Eso no lo sabes. — grité.

—Tú tampoco lo sabes. Estás tratando de excluir la vida porque tienes miedo de que te hagan daño. Eso es una puta locura. Te amo.

Sus palabras me dejaron sin aliento. Me amaba. Esas palabras rebotaron por mis venas, aterrizando justo en el centro de mi corazón.

—Yo también te amo. — susurré.

Holden me atrajo hacia él, envolviéndome con sus brazos y metiendo mi cabeza bajo la suya. — Entonces no nos tires a la basura.

— ¿Quieres entrar?— Pregunté después de lo que me pareció una infinidad de silencio.

—Sí. — dijo. Me empujó dentro y cerró la puerta tras él.

Allí estábamos, en el espacio oscuro de la tienda, rodeados de tanta belleza que ocultaba el dolor que persistía en mi corazón.

—Mi mejor amiga murió en un incendio. — solté, con las imágenes del rostro sonriente de Lori formándose en mi mente. Sentí que mis ojos ardían con el recuerdo de esa noche y el dolor de perder a la única persona que me quedaba en el mundo. —Estábamos bebiendo. Era tarde. Se quedó a dormir en lugar de conducir hasta su casa a altas horas de la noche. Uno de mis vecinos inició el fuego. Dijeron que era un fuego de grasa de la estufa. Fue rápido y se apoderó de todo el edificio. Los bomberos pudieron sacarme, pero cuando volvieron a por ella, había inhalado demasiado humo y no lo consiguió. — Las lágrimas empezaron a correr por mi cara como si hubieran sido retenidas durante tanto tiempo que ahora ansiaban ser liberadas.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Holden me pasó los dedos por la cara, limpiando cada lágrima que caía. —Cariño, eso no me va a pasar a mí. He estado luchando contra los incendios toda mi vida. Sé lo que hago. Te prometo que estoy a salvo. Siempre volveré a casa contigo.

—No puedes prometerme eso.

—Si tengo que elegir entre luchar contra los incendios y tú, la elección es fácil. Lo dejaré.

—No puedo pedirte que hagas eso. — dije.

—No me lo estás pidiendo. Me estoy ofreciendo. Si necesitas que trabaje aquí en la tienda contigo, lo haré. No hay nada en este mundo que ame más que a ti. No hay nada que no haría o dejaría por ti.

Lo agarré entonces y lo besé. No quería pensar en nada más que en nosotros en ese momento. Quería que Holden me quitara todo el dolor, la preocupación. Todo lo que quería era a él.

—Quiero que me folles. Ahora mismo, eso es todo lo que quiero.

# Capítulo 11

HOLDEN

—No puedo prometer que seré amable. — dije.

—No necesito que lo seas. Todo lo que quiero es no pensar en nada más que en ti y en mí.

Eso era todo lo que necesitaba. Le arranqué la bata y la miré con ese estúpido pijama de gatita. Le arranqué la parte superior, viendo cómo los botones caían al suelo. Miré sus grandes y hermosas tetas, que pedían que les diera un mordisco. Junté los dos globos, viendo como tomaba aire...

—Joder, nena, he intentado ser un caballero. — Le agarré el cuello, forzando sus labios a los míos en un áspero beso. —Pero eso se acaba ahora.

Junté sus redondos globos y chupé, alternando los pezones antes de forzar un pequeño chillido de su boca cuando usé mis dientes.

—Estás preciosa. Deliciosa y follable. — Recorrí con mis dientes el arco de su cuello. Cuando me arrodillé y contemplé su cuerpo curvilíneo desde abajo, el oleaje de sus pechos, la curva de sus caderas, parecía una diosa del sexo.

Su coño brillaba a la suave luz de la luna. Me desgarré la ropa, desesperado por sentirla, piel con piel. Me agaché para poder estar cara a cara con su sensible núcleo.

Apreté mi dura polla con una mano mientras devoraba su suave carne entre mis labios.

Succioné la curva donde su muslo se unía al torso y le di un suave beso en el pliegue.

Mi lengua subió y lamió la dulce carne antes de succionar mis labios contra su piel y tirar. Chupé y tiré, pellizcando una y otra vez con mis dientes. Un ruido gutural se abrió paso entre sus labios.

*Sotelo, gracias K. Cross*



Mis ojos subieron por su cuerpo y la vi echar la cabeza hacia atrás, con el pelo suelto y colgando en largas ondas, el pecho agitado, las tetas redondas balanceándose, los pezones duros como piedras y de un profundo tono rosado.

Me acerqué al pliegue del otro lado de su coño y repetí las acciones.

Lamer, acariciar, chupar, morder. Se arqueó y gimió, pero la mantuve con las piernas abiertas, los muslos separados, el coño a la vista y mojado para mí.

Me puse de pie lentamente y recorrí la costura de sus labios con las yemas de los dedos, recogiendo la humedad y haciéndola girar sobre su piel.

—Dios, me duele. — gimió y trató de apretar su cuerpo contra mí.

— ¿Qué te duele?— Sonreí cuando llegué al lóbulo de su oreja.

—Te necesito. Más fuerte, por todas partes. Tócame, por favor, Holden. — volvió a retorcer su cuerpo mientras yo seguía bailando con las yemas de mis dedos a lo largo de su coño, muy ligeramente. La estaba volviendo loca de deseo.

Besando su clavícula, toqué su coño como un dulce violín. Le di largas chupadas a su piel mientras seguía negando y bailando alrededor de su orgasmo, retrocediendo cada vez que sentía que sus músculos empezaban a tensarse. —Mmmm... Paciencia, mi hermosa niña.

Su pelvis trabajaba en círculos sobre mi muslo mientras yo mordisqueaba la piel, mantenía la carne entre mis dientes durante solo dos segundos antes de soltarla y moverme a otro lugar.

—Joder...— Se arqueó antes de conseguir empujar y cerrar sus piernas alrededor de mi cintura, haciendo trabajar su coño contra mi polla en tensión a través de la tela vaquera. Se frotaba, encontraba, buscaba, desesperada por liberarse.

Yo gemía mientras apretaba la carne de una de sus tetas. Me aferré a ella y luego le di un mordisco. Mordí con fuerza durante un segundo. Aspiró una bocanada de aire antes de que su cuerpo se

*Sotelo, gracias K. Cross*

tensara, sus talones se clavaron en mi culo y luego se estremeció contra mí. Sus piernas cayeron alrededor de mi cintura. Sonreí en su cuello cuando me di cuenta de que se había excitado al follar en seco conmigo.

—Todavía no he terminado, amor. — murmuré antes de sumergirme con mi lengua en su dulce coño. Con las manos bloqueadas detrás de ella, el cuerpo tenso y suplicando que la controlara, sujeté sus muslos con las manos y me sumergí en su coño hinchado, girando, lamiendo y mordiendo tan fuerte y tan rápido como pude.

Fui implacable. Castigando. La necesitaba. Y lo más jodido era que, cada vez que me miraba entre jadeos y gemidos, mi corazón daba un vuelco doloroso, como si pasar otro día sin ella pudiera romperme.

La anhelaba cada momento del día que no estábamos juntos.

—Necesito más de ti.

—Tendrás más. Tendrás todo de mí. — Apreté los puños, mi agarre en sus cremosos muslos se aflojó mientras la empujaba hacia atrás en el mostrador. — ¿Deberíamos ir arriba?— Le pregunté.

—No. — dijo ella. —Te quiero aquí, ahora.

—Soy un hombre dispuesto a un desafío. — Me empujé sobre ella, aprisionándola y atrapando sus labios en un beso exigente. —He tenido mi lengua dentro de tu cuerpo esta noche, he tenido mi polla deslizándose contra tu coño, volviéndome loco con la necesidad de hundirme en este dulce y bonito coño. Necesito entrar en ti. Ahora.

—Rápido. — suplicó ella. —Necesito sentirte dentro de mí.

Un gemido escapó de mi garganta. — ¿Estás lista para mí?

—Tan lista.

—Te encanta cuando mis manos están sobre ti, la forma en que tu cuerpo se inclina hacia mí, se presiona contra el mío, los gemidos sensuales que escapan de tu garganta. Tu cuerpo no miente, Srta. Crane.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Su mirada se dirigió a mi polla. La punta goteaba con la promesa de su cuerpo apretado alrededor de mí. Acariciando la longitud una vez, sonreí. — ¿Crees que podemos hacer que encaje?

Se mordió el labio inferior, negando.

Me reí, acariciando con facilidad, controlando el cosquilleo que irradiaba por mi eje ante esa mirada sexy en sus ojos. —No puedes mirarme así, cariño. Hace que mi polla sea tan jodidamente grande y dura que no cabe.

—Quiero lamerte. — respiró con descaro.

Gemí, el cosquilleo se convirtió en una explosión. —Nena, esta noche es toda para ti.

Deslicé dos dedos en su coño empapado, jugando con ella fácilmente y arremolinando los jugos para asegurarme de que estaba lista.

Seguí con los dedos por sus pechos, disfrutando de la forma en que los pezones se movían deliciosamente. Uní mis labios a los suyos, chupando y arrancando un gemido de ella justo cuando me introduje,

—Nena... *Jesús*, voy a perderme en ti. — Hice girar mis dedos entre sus muslos, sintiendo de repente la necesidad de satisfacer las necesidades de esta mujer así todos los días por el resto de mi vida.

— ¡Holden!— Los gritos de mi nombre se abrieron en sus labios, y se estremeció en mil hermosos pedazos debajo de mí. Su feroz orgasmo me retorció la polla, enviando rayos de placer a través de mi eje hasta que el poco control que tenía se desvaneció en favor de derramar mi semilla en lo más profundo de su dulzura.

—Nunca seré lo suficientemente bueno para ti, Riley, pero pasaré todos los días intentándolo, te lo puedo prometer.

Sus manos se dirigieron a mi cara, nuestros cuerpos sin aliento aún se recuperaban del momento más épico de mi vida. —Te necesito.

—Me tienes, cariño. Me tienes para siempre. — Se rió, y por primera vez esa noche sentí que se aflojaba el apretado tornillo de banco de mi corazón. —Dios, no creí que pudiera ponerme más duro, pero cada vez que te ríes conmigo dentro de ti...— Chupé la carne entre

*Sotelo, gracias K. Cross*

sus pechos. No podía mantener mis manos fuera de esta mujer. —Te amo.

—Yo también te amo, Holden. — susurró ella.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 12

RILEY

Observé a Holden, tumbado desnudo en la cama, con las sábanas enrolladas alrededor de sus piernas, dándome envidia. Quería estar allí metida bajo su brazo, pero también tenía un negocio que atender. Solo hay un puñado de días rentables para una floristería, y el día de San Valentín estaba entre ellos.

Cogí un café y una tostada y corrí escaleras abajo para abrir la puerta a una ráfaga de gente que esperaba afuera.

—Lo siento, todos. Pasen. — Pasé por delante y vi cómo los nerviosos hombres entraban a trompicones en la tienda con una mirada confusa y agotada. En la primera hora, me estaban bombardeando a diestro y siniestro con preguntas, manejando la caja registradora y dirigiéndome a la nevera para hacer arreglos específicos. Maldecía a todos los que esperaban en el último momento y no hacían sus pedidos con antelación, y rezaba para que se agotaran las existencias y así poder cerrar antes.

— ¿Necesitas ayuda?— preguntó Holden por detrás de mí. El alivio me invadió cuando levanté la vista y lo vi.

—Sí, por favor. Serías un salvavidas.

—Póngame a trabajar, jefe.

Con Holden allí, todo parecía ir mucho más suave. Por alguna extraña razón, la gente empezó a ser menos insistente y a esperar pacientemente. No estaba segura de si era su gran tamaño lo que les asustaba o el hecho de que fuera tan querido y respetado en la comunidad. En cualquier caso, me alegré de ello. Con él a mi lado, el resto del día transcurrió sin problemas.

—Bueno, esta es la última. — dije, saliendo de la nevera con una docena de rosas rojas. —Oh, en realidad estas ya están compradas. — Leí la tarjeta del ramo. —'De H.S. para el amor de su vida'. Oh, eso es tan dulce. — dije, dejando las flores y sonriendo.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Es verdad, sabes. — dijo Holden, acercándose y rodeando mi cintura con sus brazos.

— ¿Qué es verdad?— Pregunté, apoyándome en su pecho, saboreando el calor que me rodeaba.

—Eres el amor de mi vida. — me susurró al oído.

— ¿Son para mí?— pregunté, oliendo la rosa roja y vibrante.

—Sí. — dijo.

Holden me giró en sus brazos, sus ojos se arrugaron en las esquinas mientras toda su cara se iluminaba con una sonrisa. —Te amo, Riley. Te amo más de lo que jamás creí posible, pero voy a necesitar que conozcas a mi familia.

— ¿No crees que es un poco precipitado?

—No, y esta vez no voy a aceptar un no por respuesta. Además, pronto van a ser tu familia, así que será mejor que te acostumbres a ellos.

---

— ¿Aquí es donde creciste?— pregunté mientras aparcábamos frente a la casa de los padres de Holden. Miré la enorme casa y no pude evitar pensar en lo perfecta que era. Una casa de mediados de siglo con contraventanas azules, un porche blanco envolvente, un patio enorme y una valla blanca perfectamente cuidada. Parecía sacada de una película del canal Hallmark.

—Sí, viví aquí desde que nací hasta la tierna edad de diecinueve años. — Holden se inclinó hacia el lado del pasajero y depositó un beso en el hueco de mi cuello. —Espero que nuestros hijos tengan un espacio similar. La floristería está muy bien y todo, pero quiero un equipo de fútbol.

Niños. ¿Quería niños conmigo?

— ¿Deberíamos tener una palabra de seguridad o algo así?— Pregunté.

*Sotelo, gracias K. Cross*

— ¿Para qué? No pienso atarte en la mesa de mi madre y jugar a todo tipo de perversiones. — Sonrió, moviendo las cejas hacia mí. — Pero es una buena idea para la mesa de mi cocina.

—Basta. — logré decir entre ataques de risa. —Hablo en serio.

—Tenemos que pasar por el baile, solo para saludar, así que tenemos una salida. No te preocupes. — Saltó del coche y corrió hacia la puerta del lado del pasajero, manteniéndola abierta para mí. — Hermosa, te van a querer tanto como yo.

Holden me cogió la mano mientras nos acercábamos a la puerta principal; antes de entrar, me apretó la mano, haciéndome saber que, pasara lo que pasara, todo iba a salir bien porque él estaba allí conmigo.

—Holden. — dijo una mujer mayor, probablemente de unos sesenta años, que se precipitó hacia la puerta y se abalanzó sobre él con un abrazo, casi haciéndonos perder el equilibrio a los dos. No era alta ni mucho menos. Era mucho más baja que yo, quizá un metro y medio como mucho. Tenía los mismos ojos azules que los de Holden, suaves y vibrantes al mismo tiempo. Su pelo era corto y casi blanco ahora, pero todavía se podían ver restos del color natural asomando, pero lo que más me llamó la atención de ella fue la calidez de su sonrisa.

—Hola, mamá. — dijo Holden, sonriéndole.

— ¿Esta es Riley?— preguntó ella antes de rodearme con sus brazos. —He esperado mucho tiempo para conocerte.

— ¿Perdón?— pregunté, confundida por la posibilidad de que el poco tiempo que llevaba conociendo a Holden fuera mucho tiempo.

—Quiere que siente cabeza. Ha querido tener nietos desde hace mucho tiempo. — dijo Holden, riéndose.

—Eres la primera chica que Holden ha traído a casa. Había perdido toda esperanza hasta que llegaste tú. — dijo la señora Summers. —Sin embargo, no hay presión. — añadió rápidamente, levantando los brazos en el aire. —Katarina y tu padre están en el salón. No se queden ahí parados. Entren, entren.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Así que ésta es la chica, ¿eh?— preguntó una morena alta y elegante con aspecto de supermodelo, caminando hacia mí. Era más joven que Holden, probablemente más cerca de mi edad que de la suya. —Hola, soy Katarina. Por favor, no me llames Kat o Kathy. — Me ofreció su mano y la tomé. Su apretón de manos era firme, seguro, y su sonrisa era tan cálida como la de su madre.

—Es un placer conocerte. Aunque prefiero Riley antes que a *la* chica. — Sonreí y le guiñé un ojo.

Soltó una carcajada antes de volverse hacia Holden. —Me gusta, Holden. Bien hecho, hermano. Bien hecho.

Holden me pasó el brazo por el hombro, atrayéndome hacia él. —Yo digo que o vas a lo grande o te vas a casa.

—Ven conmigo, Riley. Debemos conocernos. — Katarina me agarró del brazo, tirando de mí hacia el asiento de la esquina. Me quedé mirando a Holden mientras sonreía y se encogía de hombros.

—Katarina, deja a la pobre chica en paz. — dijo una voz profunda que rivalizaba con la de Holden, deteniendo a Katarina en su camino.

—Papá, sabes que he estado esperando toda mi vida para hacer que Holden se retuerza por una chica. Nunca tuve mi rito de iniciación como la hermana molesta y mucho más joven. — Katarina enlazó su brazo con el mío y sonrió dulcemente. Esa sonrisa te decía que era cien por cien la niña de papá.

—Hola, cariño. Soy Bill Summers. Bienvenida a la familia.

—Un hombre tiene que proponerse antes de que le den la bienvenida de la forma en que lo han hecho. — dijo Holden, acercándose detrás de mí.

—Lo harás. — dijeron Katarina y su madre al mismo tiempo.

—Muy bien, muy bien, ¿podemos comer ya? Tengo mis zapatos de baile puestos, y esta bonita dama y yo tenemos una cita en el baile del instituto local. — dijo Holden, frotándose la nuca.

—En realidad creo que estoy disfrutando de verte en el plato caliente. Normalmente eres tan tranquilo y calmado. — dije sonriendo a Holden.

*Sotelo, gracias K. Cross*



— ¿Holden?— Ladró Katarina con una carcajada. —Es un desastre caliente todo el tiempo. Creo que por eso se unió al cuerpo de bomberos.

—Déjalo ya, Katy. — dijo Holden mientras Katarina le lanzaba una mirada sombría.

—Podemos charlar más durante la cena. Vamos a comer antes de que mi duro trabajo se enfríe y sepa a basura.

—Gracias por recibirme, señora Summers. — dije mientras la dulce mujer me tomaba de la mano y me arrastraba hacia la cocina, obligando a los demás a seguirla.

—Lláname Rose o, mejor aún, mamá. — dijo, sonriéndome. En ese momento, no solo supe que amaba a Holden, sino que también supe que había encontrado una familia, algo que no había tenido en mucho tiempo.

# Capítulo 13

HOLDEN

—Tienes mucha suerte. — dijo Riley mientras conducíamos a casa.

Me giré para mirarla. Tenía una sonrisa bobalicona en la cara, lo que me hizo sonreír. —Lo sé. Eres mía.

—Bueno, sí, es una gran suerte, pero me refería a tu familia. Tienes una gran familia. Son personas increíbles. Ahora sé cómo has acabado siendo como eres.

—Sí, mi familia siempre fue una piedra angular para mí al crecer. Por eso siempre he sido muy exigente con las mujeres. Quiero eso para mi hijo. Esa sensación de que, pase lo que pase, tienen un lugar al que llamar hogar.

—Me encanta eso. Toda mi vida ha sido un desastre. Por eso me preocupo por ti. No estoy acostumbrada a ser feliz para siempre.

Tomé su mano entre las mías, llevé sus nudillos a mi boca y deposité un beso allí. —Tu suerte ha cambiado, cariño. Será mejor que lo aceptes.

— ¿Adónde vamos?— preguntó mientras pasábamos por el instituto. —Creí que íbamos a ir al baile.

—No, tengo algo más importante planeado. — dije. —Vamos a mi casa.

—Por alguna razón, pensé que vivías en la estación de bomberos.

Me reí. — ¿Por quién me tomas? ¿Por una especie de animal?

Cuando llegamos a mi casa, aparqué en la entrada y salí; antes de que pudiera llegar a su lado, ella ya estaba fuera del coche.

—Me gusta abrir tu puerta, ¿sabes?

—Soy competente, ¿sabes?

*Sotelo, gracias K. Cross*

La atraje hacia mí y salpiqué su cara de besos. Cuando llegué a su oído, le susurré: —Sé que lo eres, cariño. Eso no significa que no quiera cuidar de ti.

—Sabes, es un poco gracioso que todo esto haya pasado tan rápido que nunca haya estado en tu casa. — dijo Riley.

Me aparté, cogiendo su mano, y caminamos hacia la puerta principal. Ese momento, esa sensación de que mi chica y yo nos íbamos a casa, se sentía como el momento más perfecto que jamás había experimentado.

— ¿Por qué tienes una cajita negra pegada a la cerradura?— preguntó, con los ojos puestos en la pequeña caja de terciopelo negro pegada a la cerradura.

—Ábrela. — dije. Tenía las manos húmedas. Nunca había estado tan nervioso en toda mi vida. Sus delgados dedos alcanzaron la caja, sacándola suavemente de la cerradura. Me miró, sonriendo, y sentí que el corazón me retumbaba en el pecho. Cuando la abrió, vi que sus ojos se abrieron de par en par y luego cayeron en lo que podría haberse visto como una decepción.

—Es una llave. — dijo en voz baja. — ¿Me estás dando una llave de tu casa?

Le agarré las manos y le quité la llave suavemente de los dedos. —Nuestra casa.

— ¿Qué?— preguntó.

—Esta es tu llave. Quiero que te mudes aquí, esta noche.

—Todas mis cosas están en mi apartamento.

—Semántica. Todo eso se puede remediar fácilmente. Soy el jefe de los hombres fuertes y capaces, ya sabes. — Su sonrisa me dijo todo lo que necesitaba saber, que esto era solo el comienzo de siempre. — Adelante. Usa esa nueva y brillante llave tuya.

Introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. Antes de abrir la puerta, se volvió para mirarme: — ¿Cuándo tuviste tiempo de hacer una llave?

—La hice al día siguiente de entrar en tu tienda.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Se rió, con la cabeza inclinada hacia atrás y la luz de la luna irradiando a su alrededor. Parecía una visión. —Estás loco.

—Loco por ti, cariño.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Epílogo

RILEY

## ***Diez años después...***

—Feliz aniversario, cariño. — dijo Holden al entrar en la casa.

Me abalancé hacia él, saltando como un mono y rodeándolo con mis brazos y piernas.

—Feliz aniversario, guapo. No creí que fueras a llegar a casa a tiempo. Ese incendio en la calle principal tenía muy mala pinta. Me tenías preocupada.

—Te dije que siempre volvería a casa contigo. Probablemente parecía peor de lo que era. Lo hemos controlado y hemos sacado a todo el mundo.

Me bajé y miré a mi apuesto marido. Diez años juntos y cada día lo amaba más y más. Nunca esperé que mi vida fuera tan perfecta, pero aquí estaba, viviendo en esta pequeña ciudad con cuatro hijos perfectos y un marido que me adoraba, y lo amaba con la misma intensidad.

— ¿Tienes hambre? He hecho la lasaña de tu madre. — le dije, quitándole la bolsa de los hombros y metiéndole en la cocina. Cuando por fin me paré a mirar, llevaba un ramo de flores en la mano y me sonreía. — ¿Me has traído flores?

—Sí, pasé por la tienda y Molly me las arregló. — dijo, sonriendo esa sonrisa arrogante hacia mí. Molly había perdido la cabeza una vez que los niños estaban en el colegio, y yo necesitaba bajar el ritmo para criar a nuestra prole, así que se había puesto a trabajar en la tienda a tiempo completo para que yo no tuviera que estar allí todo el tiempo hasta que los niños fueran al colegio a tiempo completo. — ¿Dónde están los niños?

—Tu madre vino y se los llevó esta mañana. — dije al ver que la sonrisa en la cara de Holden se ampliaba.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Entonces, ¿esta noche estamos los dos solos?

—Eso parece.

Se apresuró a acercarse, apagó el horno y luego me abrazó, haciéndome chillar. — ¿Qué estás haciendo, Holden?

—Tengo la casa sin niños para toda la noche. No la estoy desperdiciando. Me llevo a mi mujer arriba y voy a hacer lo que quiera con ella. Toda la noche.

—Estás loco.

—Cuando se trata de ti, siempre. Gracias, cariño.

— ¿Por qué?— Pregunté, riendo mientras subía las escaleras de dos en dos.

—Por ser mía, cariño.

—Te amo, Holden Summers.

—Yo también te amo, cariño.

*Fin...*

*Sotelo, gracias K. Cross*



*Sotelo, gracias K. Cross*